



## *CAPÍTULO PRIMERO: EL DESTIERRO*

Ya habían pasado 5 años desde que la armonía había regresado a Cuatro Tiempos, y nunca se había vuelto a perder. Los cuatro elementos que conformaban la región: la sangre, la bilis amarilla, la flema y la bilis negra, estaban equilibrados, y los días trascurrían apacibles, en la medida de lo posible, dentro de esta diversidad.

Pero había al menos un habitante en Cuatro Tiempos que llevaba tiempo sintiéndose desapacible, alguien que aparentemente no debería tener motivos, pero que no podía evitarlo: Beatriz.

Iba a cumplir 18 años, trabajaba en la orquesta del rey Alfonso, componía, tocaba el laúd y cantaba.... pero aún así... no se sentía feliz.

Una de las razones era que ya no sentía la música como antes. Necesitaba hacer cosas nuevas, que reflejasen más sinceramente sus emociones y personalidad.

-Señorita- le decía molesto su maestro Airas Nunes – nuestro trabajo es hacer más agradable la vida de los demás con alegres canciones, o alabar a Dios como se merece con nuestra música. La soberbia es un pecado capital del cual deberíais corregiros.

-Pero tal vez haya gente que necesite escuchar otras cosas que ellos también sienten, y que tal vez vean reflejadas en mis canciones- argumentaba Beatriz-Igual algunas personas prefieren canciones con menos adornos y con más emociones humanas.

Cuando decía cosas así, tanto sus maestros como sus compañeros del coro se sentían extrañados. No tenían nada en contra de ella, pero no la entendían. A todos les gustaban los adornos, nadie necesitaba más emociones que el amor a Dios, el romance, y la risa. Parecía que sólo Beatriz buscaba comprenderse a sí misma. La chica se daba cuenta y no los culpaba, pero no era capaz de

ser tan felizmente sencilla como ellos.

Otra de las razones de su desasosiego era social. Ella era una dama ahora, pero había nacido campesina, y los otros nobles nunca se habían olvidado de eso. A pesar de ser una corte más sabia de lo normal, seguían considerando que cada uno nacía con la condición que Dios le había asignado, y pretender otra cosa les resultaba, en el fondo, una farsa. No decían nada porque sabían el gran aprecio que el Rey le tenía a la chica, pero lo pensaban, y Beatriz era consciente.

Esto se veía acentuado porque ella no tenía ninguna intención de renunciar a nada de lo que la había hecho feliz de pequeña, y con lo que seguía disfrutando. Continuaba yendo regularmente a su parcela, ayudaba a su familia con el ganado, sin perder la conexión que siempre había tenido con el campo, los animales, y la gente de trato natural. Sabía que esto la enriquecía, no la rebajaba, como opinaban los jóvenes nobles de la corte.

Además, aparte de la fuerte relación emocional que Beatriz tenía con el campo, su curiosidad insaciable la hacía consciente de cosas que no había leído en ninguno de los libros de palacio. Observando la naturaleza empezó a intuir ciertas leyes y patrones que se repetían con una precisión casi científica. Se dio cuenta de lo eficaz que era la naturaleza, lo bien que resolvía cualquier problema sin perderse en adornos inútiles, costumbres ilógicas ni creencias paralizantes, y la enorme belleza formal de esta precisión. Y Beatriz se dio cuenta de que los patrones de esta armonía perfecta y llena de vida, se podían trasvasar a la música, y de hecho sentía que debía hacerlo.

Pero no podía hablar de esto con nadie de Cuatro Tiempos, ni siquiera el Rey Alfonso lograba comprenderla. Y lo que era casi peor, Beatriz no era capaz de hacer la música que su cabeza intuía, los resultados le resultaban frustrantes.

Tal vez su música no reflejaba las leyes de la naturaleza, porque había algo en su propia naturaleza que no se había desarrollado... Beatriz ya debería haberse casado según lo que era habitual en Cuatro Tiempos.

Realmente era una chica de aspecto agradable y fresco, nada ingenua, de mente ágil y risa abierta y franca. Pero carecía de todo artificio de seducción, y realmente no tenía ninguna intención de desarrollarlos, no por rechazo a la seducción, sino a los artificios. Mientras las damitas se deshacían en miradas lánguidas, gestos afectados, y risitas tontas, Beatriz seguía siendo tan natural como siempre. Además, era lista, y sabía de muchas cosas, y eso no era un punto a favor siendo tan joven, y siendo una mujer de Cuatro Tiempos.

Llegó a sentirse una doncella poco apetecible, y ese sentimiento realmente le restaba brillo y creatividad, y la verdad, también le agriaba un poco el carácter.

Pero si los muchachos la ignoraban (al menos en público), algunas damitas y doncellas tendían a mostrarle abiertamente su antipatía. Especialmente Constanza de Peñablanca, hija de uno de los más cercanos consejeros del Rey. Ella y su grupito de seguidoras solían despreciar a todo el que se saliera de sus estrechos esquemas, y Beatriz desde luego que se salía. La chica ya estaba harta de sus miradas, risitas, y comentarios en voz no tan baja, solo era cuestión de tiempo que desenvainasen las espadas.

Una noche, Beatriz se sentía especialmente frustrada, llevaba todo el día intentando resolver una melodía sin resultados, y se había enterado de que Don Beltrán de la Vega, un muchacho que ella había creído un poco diferente al resto, le había pedido matrimonio a Constanza. Su ánimo había tocado fondo cuando el mal hado de ese día hizo que se cruzara con dicha dama y su séquito por

uno de los pasillos de palacio.

Beatriz no estaba de humor para disimulos, y tras intercambiar unas miradas asesinas, chocaron entre ellas al cruzarse. Beatriz lo tomó como una provocación y no pudo controlar su ira.

-Os agradecería que fueseis por vuestra parte del pasillo, que yo iré por el mío, si os lo permite vuestra envergadura- Beatriz no estaba de humor para insultos inteligentes.

-Habéis dejado claro que una persona de vuestra clase no debería andar por estos pasillos- respondió la dama con desprecio, su séquito la secundó con risas.

-Yo me he ganado mi lugar aquí, ¿Vos qué habéis hecho para merecerlo? ¿Qué talento habéis demostrado aparte de dejar que os peinen y os vistan?

Constanza ni siquiera comprendió qué mérito suponían los logros de Beatriz.

-Yo soy de sangre limpia, no como vos, y eso está por encima de cualquier talento.

Beatriz era consciente de que era inútil luchar contra creencias irracionales secundadas por las mayorías, así que decidió reprimir sus instintos asesinos, e iba a continuar su camino cuando vio acercarse a Don Beltrán, que se dirigía hacia su prometida. Beatriz lo saludó tratando de disimular su malestar, y éste respondió con un cierto grado de culpabilidad (seguramente si Beatriz hubiese nacido noble, se habría interesado más por ella). La gota que colmó el vaso fue el comentario de Constanza a sus espaldas.

-No te acerques mucho, amado mío, no sea que se te pegue el olor a vaca.

Todas se echaron a reír, mientras Beltrán, algo avergonzado, no se atrevía a mirarla. La ira invadió por completo a Beatriz, porque odiaba que la despreciasen por cosas que la hacían feliz, y dando rienda suelta a su temperamento más guerrero, empezó a sacudir a la damita con todas sus fuerzas, sintiendo verdadero placer al tirarle de sus trenzas y romperle el brocado de sus lujosos vestidos.

Todos empezaron a gritar, tratando de separarlas. El tumulto provocó que algunos de los nobles de palacio corrieran a ver qué ocurría, entre ellos el padre de Constanza, Don Álvaro de Peñablanca.

Al ver a su padre, la dama corrió a sus brazos llorando, algo muy típico en las niñas mimadas,

utilizar la manipulación y el victimismo, cuando no consiguen ganar en el ataque directo.

-Exijo que os disculpéis inmediatamente con mi hija- Le dijo don Álvaro a Beatriz enfurecido.

-¡Ella me insultó!- respondió Beatriz furiosa.

-Un comportamiento como el vuestro es inadmisibile en la corte de Pradial, daré parte inmediatamente al rey Alfonso, y él decidirá el castigo a tal agravio- dijo Don Álvaro, mientras se llevaba abrazada a su lagrimosa hija, consolada también por Beltrán, y el resto de niñas tontas.

Beatriz se sintió completamente sin fuerzas, y se marchó a su habitación a esperar la llamada del rey.

Unos minutos más tarde el rey Alfonso la aguardaba en su cámara, con expresión muy seria.

-Beatriz- le dijo nada más llegar- hace tiempo que me preocupa tu comportamiento, y lo de hoy ha sobrepasado todos los límites. En Cuatro Tiempos hemos conseguido evitar la violencia, y desde Pradial siempre hemos dado ejemplo de esto.

-No pretendo defender mi conducta, mi señor-se defendió la chica- pero algunas personas de la corte me desprecian por mi origen, y Constanza hoy a dado fuertes muestras de su desdén.

El rey se quedó callado, muy serio, lo que iba a decirle no iba a resultar fácil.

-Beatriz, has de aceptar como son las cosas, si Dios hubiera querido que nacieses noble, así lo habría hecho, pero tu sangre no es pura, y por lo tanto no puedes aspirar a ser tratada como tal. Le debes un respeto a aquellos que sí lo son.

Beatriz era demasiado joven y demasiado racional para aceptar esto tan pronto.

- ¿Y qué Dios es ese que permite que la gente sin cualidades, compasión ni experiencia de la vida, pueda abusar de aquellos que sí las tienen?.

El rey Alfonso había empezado a escandalizarse.

-Será mejor que moderes tus pensamientos y desde luego tus palabras.

Pero Beatriz estaba demasiado exaltada por todo lo que había pasado ese día, y se dejó llevar.

-Ese Dios del que habláis es un invento de los poderosos para poder mantenerse para siempre en una posición de superioridad sin tener que hacer nada para merecérsela. ¡El valor de un ser humano son sus obras!

El rey Alfonso se quedó exageradamente serio mirando hacia los lados por si había alguien escuchando, y Beatriz percibió en su mirada que algo se había roto entre ellos. Lo que había dicho la chica le resultaba muy peligroso, no solo porque cuestionaba su propia posición como monarca, también porque Beatriz era muy apreciada entre los campesinos, y si empezaba a decirles cosas como estas, el orden social de todo Cuatro Tiempos podía verse muy alterado. Olvidando ya el placer que le proporcionaba el poder, a Alfonso le había costado mucho gobernar siendo justo y sabio, y otro gobernante podría no serlo.

-Te ruego que te retires, Beatriz. Quédate en tus aposentos hasta que te haga llamar de nuevo- le dijo el rey con frialdad, y en ese momento la chica sintió que todo estaba perdido.

Al anoecer siguiente, tras un día realmente angustioso, Beatriz fue llamada al salón del trono. Allí la aguardaba muy serio el rey Alfonso, y lo que más le preocupó, también la aguardaba su madre, que corrió a abrazarse a ella llorando.

-¿Qué ocurre mamá?- preguntó la chica.

El rey esperó a que se separasen para empezar a hablar.

-Beatriz, hace tiempo que percibo un malestar en tu ánimo, y los últimos acontecimientos me han llevado a tomar una decisión, aparentemente dura, pero creo que será la mejor para todos, para ti también.

Le mostró un pergamino enrollado y continuó.

-Esto es un salvoconducto... para que no tengas problemas al entrar en la región más cercana a Cuatro Tiempos, la Ciudad-Estado de Rinascittà.

A Beatriz se le helaron las entrañas, cuando se dio cuenta de que el rey la estaba desterrando. El rey

se apenó al ver la expresión de la chica, y añadió.

-No quiero que lo entiendas como un castigo, realmente pienso que aquel puede ser tu lugar, conozco su filosofía, y la veo muy cercana a tu forma de pensar. En verdad creo que Cuatro Tiempos tal vez no sea el lugar que te dé la felicidad. Quiero que sepas que las puertas de Pradial siempre van a estar abiertas para ti, para que puedas visitar a tu familia, pero es mejor que renuncies a tu lugar como dama en la corte del rey Alfonso.

Beatriz se dolió por tener que abandonar el lugar que la vio nacer, pero se sorprendió a sí misma al sentir un brillo de ilusión por poder conocer un nuevo mundo, alejado de la estática mentalidad de Cuatro Tiempos.



## CAPÍTULO SEGUNDO: LA RECEPCIÓN

Beatriz partió hacia Rinascittà, montada en un carro, y sin más compañía que el salvoconducto que le permitiría entrar en la región. Se sentía enormemente excitada por saber lo que la aguardaría fuera de los límites de lo que había sido su mundo.

Entre Cuatro Tiempos y Rinascittà había una gran muralla, y cuando se abrieron las puertas de ésta para dejarla pasar, la chica se encontró con una zona boscosa que transpiraba vida. Era primavera y el sol brillaba, las hojas y las hierbas tenían el verdor fresco de los brotes jóvenes, y las flores silvestres eran pequeños puntos de color entre los arroyos.

Los animales salvajes pastaban confiados, y en los cercados las ovejas se amodorraban cómodamente entre sus rizos lanosos. Uno de esos rebaños estaba siendo guardado por una pareja de pastores jóvenes y saludables.

Beatriz avanzó por el camino mientras escuchaba una melodía que estaban interpretando, el chico tocaba la flauta, mientras la chica cantaba con tono nostálgico una canción de amor sin complicaciones<sup>1</sup>. Beatriz no había escuchado nunca nada parecido, y sintió chispear su ingenio al darse cuenta de que se parecía bastante al tipo de composiciones que ella quería crear.

Se paró para escuchar atentamente, y cuando acabaron la interpretación aplaudió con sinceridad.

Los chicos sonrieron abiertamente y le dieron las gracias.

- ¿Voy bien para llegar a la ciudad de Rinascittà?- les preguntó Beatriz.

-Este camino te llevará directa a ella- le respondió el chico.

-Llegarás antes del anochecer- añadió la chica- antes de que todas las criaturas de los bosques salgan a celebrar sus ritos y festejos.

Y al acabar de decir esto, se echó a reír alegremente, mientras su acompañante la agarraba por la cintura y la besaba en la mejilla.

---

<sup>1</sup> En el teatro del Renacimiento había composiciones cantadas llamadas *intermezzos*, los que trataban temas pastoriles eran llamadas *pastorales*, y contaban historias de carácter idílico en una naturaleza idealizada, poblada por jóvenes sencillos y rústicos. En parte sirvieron de inspiración para el nacimiento de la ópera

Beatriz les sonrió sin entender muy bien qué habían querido decir con esto último, y siguió su camino.

Pronto vio a lo lejos las murallas de la gran ciudad de Rinascittà, había sido construida siguiendo los esquemas de las ciudades ideales renacentistas<sup>2</sup>. Su muralla tenía forma de octógono. En las puntas de ésta se ubicaban las torres defensivas. Las calles se disponían de forma radial y todas confluían en tres plazas centrales, en una se emplazaba el Palazzo y la catedral, y las otras dos eran mercados. El resto de la ciudad se distribuía en torno a este trazado principal.

En cada entrada de la muralla, un vigilante levemente armado cuidaba de que ningún elemento perturbador se infiltrase en su bella localidad.



(Ilustración: Carlos Castro Pérez)

---

<sup>2</sup> El esquema urbano de Rinascittà está inspirado en la ciudadela de Palmanova, una ciudad fortificada diseñada por Vincenzo Scamozzi a finales del s. XVI.

Beatriz paró su carro, saludó a uno de los vigilantes y le mostró el salvoconducto. Éste se sintió algo extrañado, pero sin duda llevaba el sello del Rey Alfonso de Pradial, y dirigía a Beatriz directamente al gobernante de la ciudad, Lorenzo el Magnífico<sup>3</sup>.

El vigilante le pidió a su compañero que lo relevase, y se montó en el carro de Beatriz para acompañarla hasta el Palazzo de Lorenzo.

- ¿Lorenzo el Magnífico es el monarca de este reino? - preguntó Beatriz a su acompañante durante el trayecto.

- Rinascittà no es un reino, sino una ciudad-estado, por lo tanto, Lorenzo gobierna, pero no reina- respondió él.

-Ah, entonces debe ser miembro de una importante familia nobiliaria- quiso saber la chica.

-En realidad lo que le da el poder a nuestro gobernante no es su título, sino sus enormes riquezas producto de sus actividades bancarias y comerciales, pero sabe administrar nuestra ciudad con equilibrio y justicia. Aunque lo mejor de él, es su amor por la filosofía, la cultura clásica y las artes. Es el mejor mecenas que esta ciudad podría desear- respondió el guardia.

Por el camino, la ciudad se veía serena y bien organizada. Aunque estaba distribuida según las clases sociales y los gremios de los distintos oficios artesanos, no se apreciaban grandes diferencias entre los más ricos y los más pobres.

El Palazzo de Lorenzo el Magnífico no era tan ostentoso exteriormente como se podría haber esperado. Su serena horizontalidad apenas estaba decorada con sillares almohadillados, una cornisa en voladizo, y arcos en sus pequeñas ventanas<sup>4</sup>.

Beatriz y el guardia se bajaron del carro y se dirigieron a la entrada del palacio, donde la chica

---

<sup>3</sup> Lorenzo de Médici, apodado "El Magnífico" fue un estadista y gobernante de la República de Florencia, en la segunda mitad del siglo XV. Mecenas de las artes, banquero, poeta y filósofo renacentista. Su vida coincidió con la cúspide del Cuattrocento florentino, movimiento cultural que le debe mucho a Lorenzo.

<sup>4</sup> Este palacio está basado en el Palazzo Médici Riccardi que se encuentra en Florencia, y fue realizado por Michelozzo di Bartolomeo en el año 1444, por encargo de Cosme de Médici.

mostró su salvoconducto al portero, éste la hizo pasar al patio interior, rogándole que aguardase a que Lorenzo estuviese disponible. El patio también tenía una arquitectura serena, con una columnata de mármol que rodeaba a un precioso jardín de aspecto silvestre.

Aún estaba Beatriz disfrutando de todas estas novedades, cuando fue llamada al salón de recepción del gobernante. Lo que más le llamó la atención del lugar fueron los tapices y cuadros que adornaban la estancia, la chica nunca había visto nada tan realista en Cuatro Tiempos, le parecía que todos esos dioses antiguos podían acariciarla.

Lorenzo la aguardaba en el centro del salón, concentrado en el salvoconducto que tenía extendido entre sus manos, a su lado se encontraban dos hombres de mediana edad que la observaban muy interesados. Los rudos rasgos del gobernante daban muestra de una fuerte personalidad y una inteligencia despierta.

-Saludos Beatrice, por lo que veo en este documento, escrito por el buen Rey Alfonso de Pradial, sois uno de los mejores músicos de Cuatro Tiempos. En Rinascittà siempre estamos ávidos de nuevos talentos. Os presento a dos de los maestros y fundadores de la Camerata<sup>5</sup> de nuestra ciudad: Giovanni Bardi<sup>6</sup> y Girolamo Mei<sup>7</sup>, que evaluarán vuestras cualidades musicales. Nos gustaría que interpretases alguna obra.

Beatriz, que raras veces se separaba de su laúd, se apresuró a afinarlo ante la atenta mirada de Lorenzo y los maestros.

-Esta es una de mis últimas composiciones, la he titulado “Sapientia Silvestre”- explicó la chica.

Sin dejarse llevar por la presión, Beatriz se concentró en interpretar su obra con la maestría

---

<sup>5</sup> Basada en la *Camerata Fiorentina*, un grupo de humanistas, músicos, poetas e intelectuales de Florencia de finales del Renacimiento, que se reunía para discutir y guiar las tendencias en las artes, especialmente en la música y el drama.

<sup>6</sup> El conde de Bardi fue uno de los principales promotores de la Camerata Florentina. Tras una juventud guerrera, pasó a ser un gran patrón de la música y las artes, llegando a componer obras musicales como *El Amigo Fido*.

<sup>7</sup> Girolamo Mei fue un historiador y humanista italiano del s.XVI, famoso en la historia de la música por dar impulso intelectual a la Camerata Florentina. Realizó un estudio detallado de la antigua teoría musical griega, recopilando sus conclusiones en un gran tratado.

acostumbrada, pero sin estar completamente satisfecha de su trabajo. Tanto los maestros como el propio Lorenzo la escuchaban con el ceño fruncido y llevando su mano al mentón, tratando de realizar una valoración lo más justa posible.

Al acabar, ella aguardó el veredicto con ansiedad. Los tres sabios se miraron entre ellos mostrando bastantes dudas. El primero en dar su opinión fue el Maestro Bardi.

-Para empezar, creo que todos estamos de acuerdo en que tenéis grandes cualidades como intérprete- Lorenzo y Mei asintieron.

-Además, es llamativo el hecho de que, habiendo vivido siempre en Cuatro Tiempos, hayáis llegado a conclusiones musicales tan parecidas a las de nuestra ciudad- Añadió Girolamo Mei.

Pero se quedaron callados unos segundos, tratando de buscar las palabras que expresasen lo que habían intuido, fue Lorenzo el Magnífico en primero en encontrarlas.

-Pero os falta algo... os habéis acercado mucho a la forma, pero os falta... la emoción, el espíritu de Rinascittà.

Los maestros de la Camerata se mostraron totalmente de acuerdo.

-Es necesario que interioricéis nuestra filosofía- prosiguió Lorenzo – no se trata tanto de erudición sino de vivencias y personalidad. Somos conscientes de que necesitáis vivir un tiempo en Rinascittà para desarrollar esta experiencia personal que os puede llevar a comprendernos en profundidad. Los maestros de la Camerata no se opondrán a contratar a una nueva intérprete para que perfeccionéis las formas, pero corre de vuestra cuenta absorber y expresar el fondo. Es imprescindible para el buen funcionamiento de la ciudad, que sus habitantes hayan integrado esta ciudad en su propio organismo, para que nuestra armoniosa comunidad no pierda su lucidez. Para comprobar si realmente ha sido vuestro caso, tenéis un año para componer una pieza musical que haga nos haga vibrar. Esa será la prueba definitiva que os haga formar parte de todos nosotros... de no lograrlo, me temo que no podríais quedaros en Rinascittà.

Beatriz asintió, lo entendía perfectamente e iba a poner todo de su parte para conseguirlo.

## CAPÍTULO TERCERO: APOLO Y LOS "MUSOS"

Beatriz se quedó, pues, a vivir en Rinascittà, trabajando duro para adaptarse lo antes posible al nuevo estilo musical, asimilando las costumbres y modos de vida de la ciudad, y conociendo a sus compañeros de cámara y sus maestros.

Pronto descubrió que Giovani Bardi era el que en cierto modo dirigía la vida musical de Rinascittà, a partir de su Camerata, que había promovido, como ya se dijo, junto con Girolamo Mei. El maestro Bardi combinaba el carácter fuerte de un antiguo capitán, con el ingenio despierto de un amante de las artes clásicas. Compartía con el Maestro Mei su interés por recuperar la música que se realizaba en la Grecia clásica, pero, mientras que Mei era un teórico, Bardi había procurado llevar estas ideas a la práctica.

Poco a poco fue conociendo al resto de sus maestros.

A los pocos días de llegar, Beatriz ayudó a levantarse a un niño que que había caído en la calle, pronto se acercó su padre a consolarlo, Vincenzo Galilei<sup>8</sup>.

-Muchas gracias, muchacha, el pequeño Galileo siempre está por los suelos por su manía de mirar todo el rato al firmamento. Eres la nueva componente de la Camerata, ¿verdad?, Beatrice, si mal no recuerdo.

-Así es- la chica se había acostumbrado a su nuevo nombre, y añadió con total sinceridad-es un honor conocer a uno de los mayores laudistas de Rinascittà, maestro Galilei.

-Bueno, es cierto que el laúd es mi especialidad -sonrió halagado el músico- aunque según me han contado, vos realmente apuntáis maneras, disfrutaré mucho mejorando vuestra técnica.

- ¡Más voy a disfrutar yo aprendiendo!- dijo ella en un tono bastante alto.

La espontánea respuesta de la chica hizo reír a Vincenzo. Sin embargo, una sombra oscurecía la

---

<sup>8</sup> Vincenzo Galilei fue un notable laudista del siglo XVI, y mantuvo contacto con la Camerata Florentina, realizando numerosas composiciones musicales. Por otra parte, también se interesó por ciertas facetas de la ciencia.

mirada de Beatriz, lo que realmente le preocupaba no era su habilidad instrumental.

En cuanto a sus habilidades vocales, contaba con otro excelente maestro, Giulio Caccini<sup>9</sup>, uno de los mejores tenores de la ciudad, que podía cantar a la perfección mientras tocaba diversos instrumentos. Pero había algo en él que a Beatriz no le gustaba, pecaba de ambicioso y se sentía muy seducido por el poder. Era de origen humilde pues su padre había sido zapatero, pero su carácter no era demasiado humilde, y sí demasiado competitivo e incluso envidioso, cuando no debería serlo teniendo en cuenta sus capacidades.

Uno de sus principales rivales era Jacopo Peri<sup>10</sup> “por ahí viene el *Zazzarino*”, el melenudo, le llamaba Caccini despectivamente por su abundante cabellera rubia.

El maestro Peri tenía especial predilección por el género dramático, y quería recuperar el teatro griego, que se suponía que era cantado. A veces Caccini presionaba a sus alumnos de canto, para que no participaran en las obras del maestro Peri, pero Beatriz se negaba a entrar en esas guerras absurdas, quería aprender todo lo posible de sus brillantes maestros, ya que su permanencia en Rinascittà estaba en juego.

Porque, a pesar de sus avances, algo seguía bloqueándola como compositora, A veces se sentía muy desconectada de todo y de todos, como si una membrana impermeable la envolviera, impidiéndole absorber la savia que hacía crecer los frutos de Rinascittà.

Pero por suerte, al menos contaba con las simpatías de muchos de sus compañeros de Camerata.

Compartían una visión de la vida y la naturaleza muy parecida. A ella también le resultaban muy agradables, vivos y sin afectaciones, aunque aún no se sintiera parte del grupo. Entre sus compañeros sentía predilección por Fabrizio, otro joven intérprete de laúd. Le llamó la atención por

---

<sup>9</sup> Giulio Caccini fue un renombrado tenor que trabajó en la corte de los Médici, y participó en el movimiento humanista de la Camerata Florentina. Además de su labor como músico y profesor de músicos, escribió tres óperas a principios del siglo XVII.

<sup>10</sup> Jacopo Peri fue un tenor, organista y soprano, que intentó recrear el teatro cantado de la antigua Grecia, y cuya obra se sumó a la de la Camerata Florentina. Su *Dafne* está considerada como la primera ópera, y aunque su estilo aún no está depurado, sirvió de inspiración a grandes figuras como Monteverdi.

su enorme sonrisa y sus abundantes rizos, que solían moverse desordenadamente con sus ágiles movimientos, pero sobre todo por su carácter abierto y franco, sin medias tintas. Además, era uno de los aprendices más aplicados, sabía que para llegar a la armonía perfecta, había que intuir donde estaba, sí, pero también trabajar duro. Admiraba sinceramente las cualidades de Beatriz, y ella le agradecía enormemente su compañía, teniendo en cuenta que era la única extranjera de toda la orquesta.

Sin embargo, a medida que avanzaba el año de prueba en Rinascittà, los nervios de Beatriz empezaron a quebrarse. Se esforzaba mucho, incluso más de lo saludable, técnicamente había alcanzado logros muy rápidos, pero lo que realmente necesitaba, la apertura de espíritu, no sabía cómo llevarla a cabo. Empezó a darse cuenta que debía obtenerla de otro modo, y no saber cuál era el camino que debía tomar, le afectaba mucho a su humor.

Un anochecer, tras intentar numerosas veces sacar adelante su nueva melodía sin conseguirlo, Beatriz sintió como se derrumbaba por completo, ¿qué iba a ser de ella?, si no la aceptaban en Rinascittà tendría que regresar a su parcela de Pradial. Al menos estaría con su familia, sí, pero sería toda la vida una extraña en su propia tierra, una persona entre dos mundos, sin paz interior. Y además la idea de no poder de vivir de su verdadera pasión, la música, se le hacía insoportable. Solo tenía 18 años y la cabeza llena de sueños, era demasiado joven para tener que renunciar a ellos tan pronto. Esa idea la acabó haciendo llorar ruidosamente. Justo en ese momento pasaba por delante de la puerta de su cuarto su amigo Fabrizio, que se preocupó por ella.

-Beatrice- la llamó – ¿puedo pasar?

-¡No!- gritó la chica entre sollozos, realmente le daba mucha vergüenza que la vieran así.

-Bueno, pues voy a pasar de todos modos, así que espero que estés vestida- le contestó él abriendo la puerta.



Ante esta respuesta Beatriz no pudo evitar reír, y él pasó hacia dentro luciendo su habitual amplia sonrisa. Se sentó a su lado, rodeándola con su brazo y le dijo.

-Lo de siempre, ¿no?

Ella asintió, y le dijo llorando:

-Al principio pensaba que trabajando duro con mis clases de música, leyendo libros de filosofía y geometría, observando vuestro arte y hablando con la gente de la ciudad, sería suficiente para asimilar Rinascittà, pero ahora veo que me falta algo para poner en movimiento estos nuevos esquemas, una especie de aceite que engrase las ruedas, y no sé qué es.

Fabrizio miró hacia abajo, como dudando si decirle lo que estaba pensando, pero finalmente se decidió a hacerlo.

-Tal vez... tal vez yo sepa lo que es... no todo el mundo lo necesita realmente, pero algunos sí. Hay gente que debe profundizar muy a fondo en lo que la rodea para llegar a sus propios recovecos.

Beatriz lo miró realmente asombrada, aguantando la respiración para que el chico continuase.

-Verás Beatrice, en los bosques de Rinascittà por las noches pasan “cosas”, no todo el mundo las ha visto, o más bien, no se ha arriesgado a conocerlas. No tienen por qué ser peligrosas, pero a veces lo son. Así que muchos no intentan acercarse a ellas a menos que sientan una urgente necesidad. Y me temo, Beatrice, que tu necesidad es urgente.

- ¿Quieres decir que para integrarme con la ciudad solo tengo que adentrarme en sus bosques por la noche?- preguntó la chica más interesada en buscarle una solución a sus problemas que asustada por posibles peligros.

-No es suficiente solo con eso... el doctor del Palazzo ha elaborado un elixir que permite ver ciertos seres antiguos que habitan nuestra foresta. Se lo da a quien lo necesita. Yo llevo un tiempo observándote y he hablado con él. Considera que deberías probarlo, y me lo ha dado para ti- le explicó el chico.

A continuación, sacó algo de entre sus ropas, un paquetito de paño, y lo abrió.

-He hecho galletas con el elixir, espero que te gusten- le dijo mostrándoselas y continuó -He repartido el elixir entre tres galletas, con las dosis exactas para cada una, deberían ser suficientes. Debes tomarlas por la noche, antes de salir a los bosques.

Ella las recogió como su más valioso tesoro, y, a pesar de la membrana emocional que todavía la asfixiaba, abrazó a Fabrizio con sinceridad.

Esa misma noche, una vez que Fabrizio se despidió, Beatriz se comió su primera galleta y traspasó la frontera de Rinascittà, hacia los bosques. El elixir le hacía cambiar bastante la percepción, y al salir de su casa y ver al maestro Bardi enfrascado en una partida de *Calcio* en la Plaza de la Santa Cruz, creyó que ya había entrado en un sueño, pero no, Giovanni Bardi era un gran experto en este juego<sup>11</sup>. Su maestro la vio y le sonrió, y ella creyó ver cómo sus labios pronunciaban la frase “nos vemos luego”.

En los bosques el aire era fresco, y Beatriz no percibió nada amenazante, más bien al contrario, estaba realmente fascinada con toda la belleza que la rodeaba. Cada sonido o rumor, cada textura de las plantas que la acariciaban, y cada pequeño resplandor en los ojos de los animales esquivos, lo percibía con total nitidez, haciendo que se sintiera dentro de un cántico que celebraba la vida y el momento presente.

Pero algo llamó su atención más poderosamente que el resto, en el medio de un hayedo, se veía un resplandor que no parecía humano. Beatriz no dudó un instante en acercarse a él.

En un claro del bosque, varias personas hablaban con tranquilidad mientras tocaban instrumentos, en el centro de todas ellas destacaba una figura masculina de una enorme belleza, la armonía de sus formas, apenas cubiertas por una túnica clásica, excedía todo lo que hubiese visto Beatriz. Sus movimientos eran precisos y elegantes, nada en él faltaba ni sobraba. Pero algo le hizo darse cuenta

---

<sup>11</sup> Giovanni Bardi es conocido por haber escrito las normas del Fútbol de Florencia en vigor en el momento, el *Calcio*.

de que estaba ante un ser sobrenatural, y era el brillo que irradiaba, no era algo perceptible por la vista, pero lo cierto es que brillaba, como un ser divino.

Estaba rodeado por varios hombres y mujeres, sentados o recostados a su alrededor, nueve en total, todos con un atuendo clásico, que lo contemplaban y lo acompañaban en sus cánticos y conversaciones.

Beatriz se acercó al grupo, sintiendo que eran conscientes de su presencia pero que eso no los perturbaba en absoluto. El dios comenzó a hablar sin dejar de rasgar suavemente su lira.

-Bienvenida Beatrice, llevamos mucho tiempo esperando tu visita...

Esta frase dejó atónita a la chica, no tanto por su contenido, sino porque la voz le resultaba tremendamente familiar.

-No puede ser... maestro... ¿Bardi?- Preguntó la chica.

-Bueno, aquí y ahora soy Apolo<sup>12</sup>, el patrón de la música y la poesía, y éstos que ves a mi alrededor son las musas y los musos. Habrás oído que las musas son siempre femeninas, pero no aquí y no en este momento. A algunos de ellos ya los conoces.

Beatriz los miró pero no reconoció a ninguno de los jóvenes que tenía delante, hasta que empezaron a hablar.

-Mi nombre es Clío, soy el muso de la historia, mis estudios e investigaciones sobre el teatro griego, han inspirado a algunos de mis amigos a la hora de intentar recuperar ese estilo musical y dramático- dijo uno de ellos.

-Maestro Girolamo Mei- lo reconoció la chica- sus escritos me han ayudado mucho en mis clases de música.

Clío sonrió con una leve inclinación de cabeza.

-Yo soy Urania, muso de la astronomía -empezó a hablar otro – aparte de mi labor musical, me interesa mucho la ciencia, y mi hijo será un gran astrónomo.

---

<sup>12</sup> Apolo era el dios griego de la belleza, la armonía y la razón. Símbolo de inspiración, lideraba a las musas.

-Es la indudable voz de mi maestro Galilei- comentó Beatriz

-Yo soy Calíope, muso de la poesía épica, o de la canción narrativa, he sido el pionero en las representaciones teatrales cantadas. Por el día suelen llamarme Jacopo Peri.

Beatriz sonrió asintiendo, lo había reconocido.

-Y yo soy Euterpe, nada más y nada menos que el muso de la música, mi melodiosa voz de tenor te resultará reconocible.

-No podía ser de otra manera, maestro Caccini- le respondió la chica.

-El resto de las musas son Polimnia, Terpsícore, Melpómene, Talía y Erato- a medida que Apolo las iba nombrando, ellas saludaban inclinando la cabeza y sonriendo con dulzura- y ahora, te ruego que me acompañes para descubrir lo que te resultaba invisible.

Beatriz se apresuró en seguirlo, la llevó hasta una roca que sobresalía en la maleza, sobre la roca había un trípode, y el dios le pidió que se sentase en él. Ella así lo hizo, y vio que de la roca salían unos vapores que daban directamente en su cara, sin poder evitar respirarlos. A continuación, el dios le entregó unas hojas de laurel diciéndole que las masticara<sup>13</sup>.

-Con todo esto entrarás en trance, y el oráculo de Apolo resolverá aquello que te cuesta comprender.

Tras hacer todo cuanto ordenaba su guía, algo explotó en la mente de Beatriz, y en su visión pudo percibir los engranajes internos de todo cuanto la rodeaba, como si las estructuras de los árboles, las plantas, los animales y el propio Apolo manifestasen una geometría interna totalmente comprensible para Beatriz ahora.

- ¿Qué ves, Beatrice? - le preguntó Apolo.

-Puedo ver las combinaciones matemáticas de vuestro cuerpo, maestro, veo brillar la sangre en vuestras venas, muy similar a la savia de estos árboles. Veo como aquel pequeño zorro corre con una ingeniería perfecta, y como las hojas de esta planta ascienden alrededor de ella siguiendo la

---

<sup>13</sup> En Delfos se encontraba un famoso Oráculo consagrado a Apolo, en el cual, una pitia o pitonisa respondía a las preguntas de los viajeros, en medio de un trance que se cree provocado por las emanaciones de una roca y el laurel que masticaba, pero no está demostrado qué es lo que inducía a este trance.

serie Fibonacci<sup>14</sup> para mejorar su exposición al sol. Siento que en el universo todo danza procurando el equilibrio entre las partes, siempre en movimiento, y siempre buscando el bien común, donde cada elemento es imprescindible si sabe encontrar su lugar en esta danza. Y que este universo se reproduce en pequeños fractales, y nosotros somos uno de esos fractales, ya que nuestros organismos no son más que pequeñas reproducciones del universo.

-Muy bien Beatrice- respondió Apolo- ¿Y a qué conclusión llegas con todo esto?

-Que no debo forzar mi propia maquinaria, que es mi propia naturaleza, solamente debo escucharla, ya que la música de las esferas está dentro de mí. La música que busco la llevo dentro, sólo tengo que dejarla salir.

-Exactamente Beatrice, has aprendido lo que necesitabas para empezar a componer tu nueva obra. Le dijo el dios apoyando su mano en su cabeza, y ella cerró los ojos sintiendo que el calor de esta mano la estaba fecundando.

Cuando abrió los ojos su dios-guía ya no estaba, ni tampoco había rastro de los otros musos y musas. Pero la chica se sentía dominada por un repentino brote de inspiración.

Casi corriendo, regresó a Rinascittà, y se puso a escribir un texto que contaba su experiencia de esta noche, y la melodía encajaba a la perfección con todo lo que había sentido. Al amanecer, totalmente extenuada, se quedó dormida.

---

<sup>14</sup> La serie Fibonacci es una sucesión de números naturales, en la que cada uno de ellos es la suma de los dos anteriores: 0, 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21 etc... su representación gráfica da lugar a la espiral áurea, que es considerada como una forma perfecta, y se puede encontrar a menudo en la naturaleza (conchas de algunos moluscos, constelaciones, etc...). La serie Fibonacci aparece en ciertas configuraciones biológicas, como la disposición de las flores de las alcachofas, las pipas en los girasoles etc...

## CAPÍTULO CUARTO: DIONISIO Y LAS MÉNADES

La primera obra de Beatriz en su nuevo estilo ya estaba empezada, estaba muy satisfecha con su trabajo... pero se le había atascado. Fabrizio, que había estado observando atentamente sus progresos, le preguntó una tarde.

-Beatrice... ese ceño fruncido... ¿te has vuelto a bloquear?

- Pues sí- respondió ella de mal humor- solo he resuelto la primera parte, y ahora no sé cómo seguir.

-Eso quiere decir que una sola galleta no es suficiente- le explicó él- vas a tener que tomarte al menos otra, y volver a los bosques.

Ella asintió, ya se lo imaginaba.

-Pero todavía hay tiempo, hoy me gustaría que conocieses a unas personas muy interesantes- continuó el chico- han estado fuera de Rinascittà unos meses, llevando nuestra música a otras regiones, y por eso no los has visto aún. Para celebrar su vuelta se ha organizado una fiesta, y toda la ciudad está invitada. ¡Hay que ir, Beatrice!

Estas últimas palabras se las dijo sacudiéndola un poco.

Beatriz estaba demasiado enfrascada en sus preocupaciones como para asistir a una ruidosa fiesta, pero Fabrizio tenía un gran poder de convicción, y se dejó llevar.

Por una de las principales vías de la ciudad, se acercaba hasta la plaza un sencillo carruaje, un hombre y dos chicas sacaban la cabeza por la ventana saludando a sus conocidos con naturalidad casi ruidosa. Al llegar al centro de Rinascittà, se bajaron del carruaje. El hombre fue calurosamente recibido por Jacopo Peri, y las chicas corrieron a abrazarse a Giulio Caccini.

-El hombre es Claudio Monteverdi<sup>15</sup>- le explicó Fabrizio- el mayor compositor de dramas musicales de la ciudad. Siempre ha reconocido la influencia del maestro Peri, aunque está claro que, en este

---

<sup>15</sup>Monteverdi es considerado el padre de la ópera, su *Orfeo, favola in musica*, marcó la transición al barroco. Aunque reconoció la influencia de los dramas musicales de Jacopo Peri, superó con creces a su maestro, creando obras que han llegado hasta nuestros tiempos, como *El retorno de Ulises a la patria* o la *Coronación de Popea*.

caso, el alumno ha superado a su mentor. Las chicas se llaman Francesca<sup>16</sup> y Settimia<sup>17</sup>, son hijas de Giulio Caccini, muy buenas intérpretes y compositoras. Hace tiempo, junto con su padre y su hermano, formaban un grupo llamado *Concerto Caccini*, pero se separaron, y ahora ellas cantan juntas en el *Concerto delle Donne*. Como compositora destaca Francesca, también es muy buena escribiendo dramas musicales.

En la gran *Piazza della Croce* se sirvió un copioso banquete. Estaba presidido por Lorenzo el Magnífico, y cerca de él se situaban Monteverdi y las Caccini.

Fabrizio cogió por una mano a Beatriz y se acercó a saludarlos.

-¡Fabrizio, *pecorelle*<sup>18</sup>!- saludó Monteverdi, sacudiendo los rizos del muchacho- Me alegro mucho de volver a verte.

-Claudio, *boca d'orata*<sup>19</sup>, que ganas tenía de encontrarme de nuevo contigo.

Monteverdi se echó a reír mientras le decía

-Solo tú te atreves a llamarme así, *farabutto*

-No será por lo poco bocazas que eres- respondió riendo el chico, luego se dirigió también a Francesca y Settimia cuando dijo- os presento a una amiga, Beatrice.

Beatriz saludó con timidez, aunque se alegró mucho cuando le ofrecieron un asiento a su lado.

-No te dejes impresionar por tan grandes artistas, Beatrice- seguía bromeando Fabrizio- que aunque aquí el excelso Monteverdi haya compuesto obras tan grandiosas como *Orfeo, favola in música*, solo es el hijo de un barbero.

---

<sup>16</sup> Francesca, hija de Giulio Caccini, fue iniciada en el mundo de la música por su padre. Comenzó siendo una cantante que llegó a impresionar al mismo Monteverdi, y pronto empezó a componer. Llegó a ser uno de los empleados mejor pagados de la corte de Florencia. Su obra más famosa es *La liberazione di Ruggiero dall'isola d'Alcina*.

<sup>17</sup> Settimia Caccini, hermana de Francesca e hija de Giulio, tuvo un enorme éxito como cantante, fascinando también a Monteverdi. Su obra compositiva no es tan conocida, ya que la mayoría se perdió, sólo se conservan 8 arias.

<sup>18</sup> *Ovejita* en italiano.

<sup>19</sup> *Boca de besugo* en italiano

Monteverdi acabó de masticar un trozo de asado para añadir.

-Aunque no olvides que mi padre también tenía mucho arte, consiguió convencer a mucha gente de que era médico sin saber nada de medicina<sup>20</sup>.

Todos se echaron a reír.

-Pues entonces Beatrice y yo no tenemos de qué avergonzarnos, aunque ambos seamos hijos de campesinos- Continuó Fabrizio.

-Al final, las únicas que podemos enorgullecernos de nuestros orígenes somos Francesca y yo- se burló Settimia.

-¡Cómo no!-exclamó Monteverdi- ¡Francesca y Settimia Caccini, las orgullosas nietas de un zapatero!

Todos los allí presentes volvieron a reír, las Caccini incluidas. Bueno, todos menos Giulio Caccini que le dirigió a Claudio Monteverdi una mirada asesina, mientras éste levantaba su copa de vino hacia él a modo de saludo.

Beatriz se lo estaba pasando muy bien, sobre todo al principio, pero cuando la embriaguez fue avanzando, empezó a encontrarse un poco fuera de la comunidad. Todavía no se sentía parte de todo aquello, aunque le encantaba. Así que prefirió inventarse una excusa para escabullirse del convite. Estaba ansiosa por comerse la segunda galleta.

Fabrizio aún se mantenía lo suficientemente sobrio para agarrarle una mano y desearle mucha suerte esa noche.

Una vez en los bosques, Beatriz caminó un trecho entre la espesura, la luna estaba casi llena, y permitía distinguir con claridad las formas a su alrededor. Al cabo de un rato empezó a oír un alegre sonido de siringa, que la invitaba a acercarse a él.

Una silueta se apoyaba en el grueso tronco de un roble, se percibía su perfil aguileño y sus

---

<sup>20</sup> Efectivamente, Monteverdi era hijo de un barbero que ejercía ilegalmente la medicina.



abundantes y ásperos rizos. Beatriz se acercó un poco más a él, y la luz de la luna le permitió distinguir a un extraño ser, medio humano, pero sus patas eran de cabra, al igual que sus cuernos. A pesar de estos rasgos salvajes, se podría decir que era un bello animal, con una apariencia muy poderosa.

Siguió tocando hasta que Beatriz se situó delante de él, y cuando la chica menos lo esperaba, paró de súbito y se levantó gritando hacia ella.

Beatriz se asustó tanto que se cayó de espaldas, mientras su acompañante se moría de la risa. La chica se quedó un rato sin poder articular palabra, no era solo el susto en sí, también una extraña sensación de terror se había apoderado de ella.

-Sientes el pánico, ¿verdad?,- le preguntó su acompañante- recibe ese nombre en mi honor, el dios Pan<sup>21</sup>. Cuando me aburro suelo provocar esta sensación de pavor entre los pastores y los viajeros, me anima mucho las tardes.

-Pues no es una sensación muy agradable, que queréis que os diga- respondió Beatriz una vez repuesta.

Pan se volvió a reír.

-No puedo evitarlo, soy medio animal, me puedo pasar el día jugando y saltando entre las peñas.

Pero los pastores me adoran, saben que protejo a su ganado.

Beatriz lo escuchaba tratando de relacionarlo con alguien del mundo diurno, pero no reconocía su voz. Cuando quiso saber si se conocían, él respondió.

-No nos hemos visto nunca, estoy aquí para ayudarte a liberar facetas de tu persona que todavía desconoces ¿sabes que tú también eres medio animal? Súbete a mi espalda.

La chica hizo lo que le ordenaba, bastante confusa por subirse a caballo de un dios, pero la cálida y agreste temperatura de su portador le dio confianza, haciéndola sentir un poco más viva.

---

<sup>21</sup> Pan es el semidiós de los pastores y rebaños en la mitología griega. Formaba parte del cortejo de Dionisio, tocando la siringa. Representaba la fuerza salvaje, generando el miedo enloquecedor o *Pánico*, que en principio significaba *el pavor que sienten los rebaños en la tormenta*.

Veloz como una cabra, llegó con cuatro saltos hasta el lugar donde se estaba celebrando algo parecido a una fiesta, habían encendido fuego y antorchas, por lo que la luz anaranjada dibujaba los contornos de los presentes.

Uno de ellos, se reía recostado, con hojas de parra decorando su cabellera, también transmitía ese aire sobrenatural, su aura era roja, y parecía más carnal que los mismos humanos. Empezó a hablar.

-Mi querido amigo Pan, ¿has traído a mi fiesta otra bella doncella?

La risueña voz era inconfundible, Claudio Monteverdi.

-Así es, venerable Dionisio<sup>22</sup>, una doncella que tiene que aprender a relajarse.

Cuando el dios Pan dejó a Beatriz en el suelo, un grupo de muchachas y mujeres, se apresuraron a rodearla, dos de ellas se la llevaron detrás de unos arbustos y le ofrecieron una túnica similar a la que ellas tenían.

-Tienes que ponerte esta ropa para formar parte de las ménades-dijo una de ellas.

-Somos el cortejo sagrado que celebra las festividades dionisiacas, bienvenida a nuestro grupo, Beatrice- añadió la otra.

- ¿Francesca y Settimia?- preguntó la chica.

-Aquí somos dos ménades<sup>23</sup>.-respondió la primera- formamos parte del cortejo de Dionisio, dios del vino y del teatro. Asistimos a sus celebraciones a menudo... pero nunca en luna llena.

- ¡Vamos, la fiesta está empezando! - dijo la otra alegremente, uniéndose al baile.

En el bosque, varios faunos y sátiros tocaban sus flautas, mientras las ménades danzaban. El vino se guardaba en grandes tinajas, de las que todo el mundo bebía.

El dios Pan sonrió al ver a Beatriz ataviada con su indumentaria de ménade, y le hizo una señal para

---

<sup>22</sup> Dionisio es el dios griego del vino y el delirio místico, pero también es el patrón del Teatro. Solía acompañarse de un séquito formado por sátiros, ménades, y deidades menores como Príapo o el propio dios Pan. Se hacían procesiones en su honor que originaron las representaciones teatrales: comedia, tragedia y drama satírico.

<sup>23</sup> Las ménades o “mujeres posesas” son las bacantes divinas que personifican los espíritus orgiásticos de la naturaleza. Son poseídas por el dios Dionisio que les inspira locura mística (inducida por el vino), y tienen un cierto dominio sobre la naturaleza, especialmente sobre las fieras, como panteras, lobos, etc...

que se acercase. A su lado estaba Dionisio, que le ofreció una copa de vino de su propia mano.

Beatriz la aceptó nerviosa y feliz.

-El dios del vino, el liberador, te está ofreciendo su propia sangre para que entres el ritual que te llevará a la locura extática- le explicó el propio Dionisio.

Cuando Beatriz bebió el primer trago, todos los allí presentes aplaudieron y gritaron de alegría.

A medida que avanzaba la noche, Beatriz sintió que la sangre de Dionisio se estaba apoderando de sus venas, llenándolas de calor. Las ménades golpeaban unos panderos, marcando el ritmo de la música. Estos sonidos repetitivos acentuaron aún más el ánimo de Beatriz, que, en sus danzas circulares notó cómo se le iba la cabeza, cómo perdía el control de sí misma y permitía a su cuerpo moverse con total libertad, sin preocuparse de los compases o la elegancia de los movimientos.

Completamente despeinada, bebía, mientras se manchaba de vino y se reía.

Por fin se sentía parte de la fiesta, era una más festejando el caos, la libertad y lo salvaje. Esa parte animal de la que le había hablado el dios Pan y que tanta fuerza tenía en ella, aunque no solía mostrarla muy a menudo, hasta esa noche.

El éxtasis duró toda la noche, hasta que Beatriz perdió la consciencia y dejó de recordar.

Se despertó bien entrada la mañana, recostada sobre un pequeño arbusto, con un terrible dolor de cabeza. Ese día tendría que descansar, pero la segunda parte de su drama musical ya se había gestado. Apolo le había permitido ver la armonía, Pan lo salvaje, y Dionisio el éxtasis, todo esto formaba parte de ella, y la savia para componer le bullía en las venas.

## CAPÍTULO QUINTO: ORFEO Y EURIDICE

Durante un mes, Beatriz se dedicó a escribir y perfeccionar su nueva obra, la presión empezaba a hacer mella en su ánimo, pues el año de prueba se estaba acabando, y se dio cuenta de que su drama musical necesitaba una tercera parte, y apenas tenía una semana más para terminarlo.

Una tarde su cabeza ya no era capaz de generar más música, así que decidió que lo mejor era despejarse yendo al mercado. De vuelta a su residencia, pasó por una pequeña plaza donde varios muchachos se refrescaban en el agua de un lavadero, había sido un caluroso día. Al acercarse, distinguió a Fabrizio y a otros compañeros de la orquesta, que la invitaron a unirse a ellos.

-¡Ven a bañarte con nosotros, Beatrice!- le dijo su amigo.

Ella se acercó riendo, pero le dijo.

-No puedo Fabrizio, tengo algo que hacer, hoy debo comerme... la tercera galleta.

El chico se quedó callado un momento.

-Pero hoy habrá luna llena- le dijo preocupado.

-¿Y qué problema hay con la luna llena?- quiso saber ella.

-Los bosques son peligrosos en estas fechas, de lo salvaje se pasa a la barbarie- le explicó él.

-Pero no tengo opción, apenas quedan unos días para que se acabe mi año de prueba, no puedo perder ni una sola noche- alegó la chica.

Fabrizio la miró unos segundos, con una cierta preocupación, pero pronto volvió a sonreír diciendo:

-Está bien, si las cosas son así, es que es así como deben de ser.

Y sin que ella pudiera resistirse, la cogió por la cintura y la metió en el lavadero, ante los aplausos de sus otros compañeros. El cesto lleno de manzanas que llevaba la chica se vació, y las frutas empezaron a flotar en el agua, pero ella no se enfadó. No podía evitar reírse agarrada a su amigo, que la hundía en el agua y las manzanas. La ropa mojada se le pegaba al cuerpo, y Fabrizio, sonriéndole, cogió una de las frutas y le dio un mordisco.

-Y ahora, deberías correr a los bosques, seguro que hoy te aguarda una gran noche. Ve, ya recojo yo

las manzanas que he tirado- le dijo su amigo guiñándole un ojo.

Beatriz consideró que eso era lo que debía hacer, y apuró sus pasos para comerse la tercera galleta.

Esa noche se percibía otra energía en los bosques, por primera vez Beatriz no se sentía segura. Oía aullar a los lobos a lo lejos, y de vez en cuando, el aliento caliente de un jabalí la rozaba muy de cerca. Los murciélagos volaban demasiado bajo, y las lechuzas chirriaban estridentemente, y Beatriz se acordó de los augurios de muerte de los que se hablaba cuando era pequeña.

En la lejanía pudo vislumbrar el resplandor de un fuego, que indicaba una nueva fiesta dionisiaca, y se iba dirigir a ésta cuando una de las ménades pasó delante de ella llevando en la mano una liebre viva, que se retorció de terror incapaz de liberarse de las manos implacables que la atrapaban.

-¿Por qué llevas esa liebre?- quiso saber Beatriz.

La mirada de la ménade la aterrorizó, estaba como dominada por la locura y la furia.

-A las ménades nos gusta rociarnos con la sangre del sacrificio, a las ménades nos gusta descuartizar animales y comernos su carne cruda<sup>24</sup>.- le respondió con una voz rasgada, como poseída.

Beatriz se sintió horrorizada, se dio cuenta que no podía hacer nada por el pobre animal y corrió en dirección contraria al lugar de la macabra celebración.

El miedo le impedía ver por donde pisaba, y las zarzas y los espinos blancos la arañaban haciéndola sangrar. A lo lejos creyó distinguir una pequeña cueva, y deseando que no fuese el hogar de ningún animal salvaje, decidió refugiarse en ella.

Pero antes de llegar, oyó el sonido de una lira, y una voz masculina tan preciosa que la chica se llegó a sentir agradablemente mareada. Algunos animales nocturnos se habían recostado cerca de la cueva para oírlo cantar. Beatriz hizo lo mismo que ellos, tomando nota de ese cántico maravilloso.

---

<sup>24</sup> La faceta más deplorable de las ménades, es el llamado *esparagmos*, o desgarrar de sus víctimas en trozos para ingerir su carne cruda. Es por eso que llegaban a ser conocidas como mujeres de vida salvaje con las que era imposible razonar, y que vagaban en bandas rebeldes, o *Thiasoi*, por las laderas de las montañas.

Cuando terminó, quiso ver quién era tan adorable intérprete. La tenue luz de una antorcha dentro de la cueva, dejaba ver a un joven de brillante y oscura cabellera, estaba hablando con uno de los ciervos, que comía docilmente de su mano, Beatriz distinguió enseguida la voz de su amigo.

-Fabrizio... que haces aquí-le dijo ella.

El chico se giró hacia ella y le dijo:

-Mi nombre es Orfeo- y cuando la tenue luz le permitió distinguir claramente la figura de Beatriz le dijo enormemente emocionado- Eurídice... no puede ser... has vuelto de entre los muertos.

-No, no soy Euridice, lo siento- contestó la chica.

-Sí, claro que eres Euridice, la esposa que perdí dos veces, ¿cómo me podría confundir?<sup>25</sup>- insistió.

Y se acercó a Beatriz, abrazándola con fuerza, ella sintió como sus huesos se hacían espuma y decidió no replicar.

-Ven, aquí cerca hay un río muy tranquilo, hoy hace demasiado calor, vamos a bañarnos juntos como hacíamos hace años.

La llevó de la mano, muy rápido, con una enorme sonrisa, y se sumergieron en el río. Beatriz sintió como si su cuerpo estuviera cambiando, le parecía que sus formas ganaban densidad. Dentro del agua volvieron a abrazarse, el calor de la piel de Orfeo se le introducía en los poros y la llenaba de vapor. Se dejó llevar por él, sus caricias y movimientos eran muy acertados, de tal modo que ella respondía con mucha más intensidad de la esperada. Orfeo la besaba, le acariciaba el pelo, la miraba con ternura, la inmovilizaba y la hacía gritar. Beatriz sintió que al fin se rompía esa membrana que la separaba del mundo desde hacía ya años.

Una vez ambos se relajaron, se recostaron en una suave laja cerca del río, y se abrazaron. Orfeo

---

<sup>25</sup> En mitología griega, Orfeo es el músico por excelencia, cantor y poeta. Tocaba la lira, y, según la leyenda, ante su música las fieras lo seguían, las plantas y los árboles se inclinaban hacia él, y suavizaba el carácter de los hombres más ariscos. Según el mito, se casó con la ninfa Euridice, que murió por la picadura de una serpiente. Orfeo descendió a los Infiernos para buscarla, y allí conquistó a todos con su música, de tal modo que le permitieron recuperar a su esposa, con la condición de que no la mirase hasta abandonar el reino de los muertos. Orfeo no pudo resistirse y la miró un segundo antes, por lo que ésta volvió a la muerte, perdiéndola irremediamente. Su leyenda inspiró a numerosos músicos, y el mito de Orfeo fue musicado por muchos de los componentes de la Camerata Florentina.

susurraba continuamente “Euridice, Euridice, Euridice...”, y este suave murmullo hizo que se durmieran.

Pero apenas había pasado una hora, cuando se despertaron alterados, unas voces furiosas se acercaban portando antorchas.

-¡Son las ménades!- se sobresaltó Orfeo – me desean pero yo no he estado con ninguna mujer desde tu muerte. Y ellas cada vez me odian más por esto. Si te ven aquí te matarán, debes huir, yo las entretendré ¡Corre!

Beatriz, muy asustada, cogió algunas de sus ropas y se introdujo en la espesura del bosque, sin saber a dónde se dirigía, a lo lejos oyó las voces furiosas de las ménades, y Orfeo tratando de calmarlas, pero pronto la serena voz del muchacho se transformó en alaridos de dolor, y las ménades irrumpieron en pavorosos chillidos de frenesí salvaje<sup>26</sup>. Beatriz, atemorizada, se metió en el interior de un castaño hueco, y se encogió sobre sí misma, tratando de no escuchar el horror que estaba teniendo lugar a lo lejos, y, vencida por su propio miedo, se desmayó.

Cuando recuperó la consciencia aún no había amanecido. Ya no se oían gritos, pero el silencio que se respiraba era tan opaco, que helaba la sangre aún más que los alaridos. Con mucha cautela Beatriz se dirigió al río en busca de Orfeo, pero un fuerte olor a metal y a muerte la inundó de malos presagios. Cuando llegó al río el espectáculo que se encontró era aún más horripilante de lo que esperaba. Hierbas y plantas estaban salpicadas de sangre, y algunos jirones de carne que las ménades no habían tirado al agua se esparcían o descolgaban por entre la vegetación cercana. Beatriz, completamente horrorizada, sintió que se iba a desmayar de nuevo, hasta que la luz de la luna hizo brillar la única cosa hermosa que destacaba por entre todo este horror. La lira

---

<sup>26</sup> Según la leyenda, las ménades mataron a Orfeo por despecho, ya que tras la muerte de su esposa no volvió a interesarse por ninguna mujer (aunque sí por hombres). Despedazaron el cadáver de Orfeo y arrojaron los trozos al río, que los arrastró hacia el mar y los repartió por diversos territorios griegos.

ensangrentada de Orfeo yacía en el suelo, como única superviviente de la matanza.

Beatriz no dudó en recoger tan valioso objeto, y, sin limpiarle la sangre aún fresca de su trágico amigo, empezó a tocar. Beatriz podía haberse puesto a gritar y a llorar, o incluso a vomitar por la náusea, pero transformó todo ese dolor en una melodía conformada por todo lo que había vivido la noche anterior, tanto lo maravilloso del encuentro como lo terrorífico de la pérdida. Parecía que todo el bosque se había parado a escuchar, no era un bosque amable, era un bosque en luna llena, plagado de caza, sangre y violencia, pero aún así escuchaban a Beatriz, porque sabían que todo lo que estaba cantando palpitaba con la cruda realidad de las vísceras del mismo bosque.

Cuando acabó de interpretar su melodía, Beatriz abrió los ojos y ya no tenía la lira en sus manos, y a su alrededor ya no había sangre. Los gallos ya anunciaban la salida del sol, y se levantó para regresar a la ciudad y, aún aturdida, escribir su última melodía.

Camino de su residencia se encontró a Fabrizio con otros músicos yendo a sus clases habituales. A Beatriz se le saltaron las lágrimas al verlo sano y salvo y corrió a abrazarlo. Él le respondió con un abrazo aún somnoliento.

-¡Fabrizio, estás vivo, no sabes cuánto me alegro!- dijo ella emocionada.

Él no pudo evitar reírse a pesar del sueño que tenía.

-Yo también me alegro de eso, pero la verdad, estaba más preocupado por ti que por mí- y mirándola mejor, añadió- Vaya, estás perdida de serrín y barro, la de ayer ha debido de ser una noche muy intensa, como me temía.

-Sí, así ha sido... tú... ¿recuerdas algo?- quiso saber ella.

-¿Por qué había de recordar algo?- le contestó.

-Ah, no... por nada.- respondió ella ligeramente apresurada.

-Será mejor que tomes un baño y hoy no vayas a las clases, hablamos más tarde, estoy deseoso de



que me cuentes lo de esta noche- le aconsejó Fabrizio, y la besó en la mejilla.

Beatriz así lo hizo, y durante todo el día se dedicó a anotar la melodía que le había surgido en el bosque. La obra estaba prácticamente terminada, solo le faltaba pulirla, acabaría a tiempo.

Por la noche, se recostó en su cama, sintiendo que su labor al fin había concluido, sonriendo de satisfacción. En ese momento Fabrizio llamó a su puerta.

-Adelante- dijo ella con un tono alegre.

-Vaya, suenas a buenas noticias- comentó el chico mientras cruzaba la puerta.

-Sí, prácticamente he terminado mi obra, al fin, y estoy casi segura de que les gustará- explicó ella.

-Me alegro mucho por ti- dijo él sinceramente, mientras se dirigía a la ventana abierta de Beatriz, y comentaba- hoy el cielo está especialmente despejado, se ven las estrellas con más claridad que de costumbre.

La chica se acercó a él, miró por la ventana e inspiró lentamente.

-Qué bien huele el aire, me gusta el olor a noche-comentó Beatriz.

-Sí, pero quiero que enseñarte algo- dijo él con un tono diferente- mira hacia el firmamento, ¿no percibes algo distinto?- le preguntó él.

Beatriz no era una experta en astronomía, pero miró hacia donde señalaba el chico, y creyó ver una nueva constelación que no le sonaba.

-Ese conjunto de estrellas...-comentó ella- seguramente no me había fijado, pero no recuerdo haberlo visto nunca.

Fabrizio sonrió asintiendo.

-Exactamente, no las has visto nunca, porque hasta esta noche no estaban allí, es la nueva constelación de Lyra.<sup>27</sup>

Beatriz lo miró fijamente aguantando la respiración. Él le acarició suavemente la mejilla y añadió.

-Sí, Beatrice, la lira de Orfeo, la que desapareció de tus manos al amanecer, los dioses le han dado un lugar en el firmamento tras su sacrificio. Claro que me acuerdo de lo que pasó anoche, en cierto modo yo estaba contigo, y realmente me encantó estar contigo.

Y tras decir esto apoyó sus manos en las caderas de la chica, fue ascendiendo hasta rodearla con los brazos, y acercándola a él la besó, mientras las estrellas de la Lyra observaban a lo lejos.

Beatriz volvió a sentir de nuevo ese profundo afecto. Natural, relajado y totalmente real. Y supo que era el afecto, no solo hacia Fabrizio, sino hacia la propia ciudad y sus habitantes, la llave que le abriría la puerta a Rinascità. Como todo, siempre había estado dentro de ella, y solo tenía que haberlo dejado aflorar. Como era de esperar, el propio instinto de supervivencia había hecho que aflorase a tiempo.

---

<sup>27</sup> Después de la muerte de Orfeo, su lira fue transportada al cielo, donde quedó convertida en constelación. Entre sus estrellas, la más visible se llama Vega.

## CAPÍTULO SEXTO: LA PRUEBA FINAL

La prueba de fuego de Beatriz eran las bodas de Lorenzo el Magnífico y Clarisa Orsini. Varios compositores iban a estrenar sus obras por tal motivo. Habían dejado a Beatriz en último lugar, porque sabían que su actuación intrigaba a muchos de los habitantes de Rinascittà. Beatriz iba a ser juzgada por los mejores músicos de la ciudad, y por el propio Lorenzo.

La chica se situó delante de todos ellos, tan solo acompañada por su laúd, dispuesta a interpretar las tres partes de su drama.

En la primera parte de la obra, los espectadores fueron entrando en ella de manera relajada, como si esa melodía formara parte de su propia naturaleza, se identificaron con lo que estaban escuchando, como si lo hubieran estado oyendo toda la vida, era intemporal, solo esencia. De esa sensación pasaron a la pasión, la segunda parte era intensa, animada, divertida y casi humorística. Les calentaba las entrañas, aumentando sus ganas de fiesta, y estallando incluso en carcajadas en algunos pasajes, pues Beatriz era buena con los juegos de palabras. Finalmente, una vez desinhibidos, y con los sentidos más despiertos, la chica los condujo a la tercera parte, cuya ternura los desarmó. Rompió todas sus corazas acariciándolos por dentro de manera templada. Percibieron una emoción tan auténtica, tan sin adornos ni teatralidad, que muchos de ellos sintieron agua tibia recorriéndoles la espalda. La misma Beatriz lloraba y sangraba todo lo que estaba cantando.

Al acabar, la chica fue saliendo poco a poco de su trance, para observar el rostro emocionado de Lorenzo el Magnífico. Él fue el primero en estallar en aplausos, seguidos por todos los allí presentes. Aunque que trataba de mantener las formas, la chica no pudo evitar echarse a llorar.

Lorenzo se acercó a ella, y acariciándole la cabeza le dijo:

-Bienvenida a Rinascittà, Beatrice.

Y por primera vez, la chica sintió que ese era ahora su verdadero nombre.